

## Juventud, rebeldía y ganas de pasarlo bien

Año 1976. La muerte del general el año anterior había convulsionado el entorno político. Ya nadie dudaba que se avecinaba un gran cambio, y los primeros síntomas afloraban por doquier.

Las distintas organizaciones políticas, partidos clandestinos e incipientes organizaciones nacidas de la propia descomposición del régimen, se apresuraban a buscar las mejores posiciones de salida en la nueva competición política que se intuía ya como próxima.

Solo la "vieja guardia" franquista, obsoleta, acartonada e incapaz de cualquier evolución, se defendía a capa y espada en sus últimos baluartes.

En la calle se respiraban deseos de libertad. No solo política. Quizás esa última era la menos extendida, pues es cierto que, pese a que la actividad política es la que decide inexorablemente sobre nuestras vidas, la preocupación por el tema no se corresponde con su importancia. No obstante, es cierto que la participación e interés por dicha actividad en esos años era considerablemente mayor que ahora.

Pero ante todo había ansias de LIBERTAD, en mayúsculas. Deseos de romper los corsés que constreñían las aspiraciones y las ansias que durante cuarenta años habían estado sometidas a concepciones mojigatas y miopes de la vida.

Así pues, la gente que participó de forma más o menos intensa en ese cambio fue considerable.

Y en ese grupo nos encontrábamos nosotros, con poco más de veinte años. El núcleo de nuestra pandilla éramos cinco amigos, alrededor de los cuales se movían un conjunto heterogéneo de personas (amigos de amigos, hermanos, conocidos y un largo etcétera) que podían llegar a contabilizar más de treinta personas. Dependiendo de la actividad concreta que realizáramos, se sumaban unos u otros.

Para entender la época, es necesario un esfuerzo de imaginación. Salíamos de una larga noche y todo era nuevo. Pero esta nueva libertad había que conquistarla. Como ejemplo, un cantante como Lluís Llach vio prohibida la interpretación de una de sus canciones (l'estaca) por ser una alegoría del deseo del fin del régimen. Pero cuando digo alegoría, lo hago con todo el sentido de la palabra. Si hoy leéis la letra, difícilmente entenderéis su significado, salvo que hayáis vivido la época. Y como muestra un botón. Estas son algunas estrofa de la misma, concretamente del estribillo: *Si estirem tots, ella*

*caurà / i molt de temps no pot durar, / segur que tomba, tomba,  
tomba / ben corcada deu ser ja.*

*Si jo l'estiro fort per aquí / i tu l'estires fort per allà, / segur que  
tomba, tomba, tomba, / i ens podrem alliberar.*

Pues bien, en uno de sus recitales, y a consecuencia de la prohibición de cantarla, el cantautor se limitó a tocar la música con su guitarra, mientras era el público quien cantaba la letra.

Hoy esto puede parecer absurdo, surrealista. Pero en aquella época se convertía en un acto de rebeldía que te convertía en un poco más libre.

Nuestro grupo tenía claras inquietudes políticas. De hecho algunos, en mayor o menor grado, hemos seguido manteniendo una cierta militancia política y/o sindical a lo largo de nuestras vidas. Pero también, hay que reconocerlo, éramos bastante "folclóricos". A modo de ejemplo, nuestro amigo Paco, profesor de EGB, al explicar las capas de la Tierra, dibujaba la sección de la misma coloreando dichas capas con la combinación de rojo, amarillo y morado. Para quien no se haya percatado, los colores de la bandera republicana. ¡Y eso en un colegio de curas!

Lógicamente, no había acto (recital, mitin, concentración, manifestación, etc.) al que no asistiéramos. Y todo ello sin militar en ninguna organización.

El ya citado Lluís Llach estuvo en Palma ese año, concretamente actuando en el Auditorium. Evidentemente era una cita inexcusable y allí estuvimos, lanzando consignas con todo lo que podían dar de sí nuestras gargantas. Posteriormente se arrogaron la "autoría" de la protesta los miembros de PSM, pero era mentira ¡Habíamos sido nosotros!

Debéis tener en cuenta que en esa época se constituían organizaciones políticas incluso con solo dos o tres personas, así que "movilizar" más de veinte era algo inaudito.

Ese fue un año realmente agitado. Casi no había semana en que no hubiera algún acto al que acudir. Y uno de esos actos fue un mitin del PTE (Partido del Trabajo de España).

En el mismo, realizado en un cine, ocupamos casi una fila central de la sala, ya que ese día éramos alrededor de veinticinco los miembros de la pandilla que asistíamos, de los cuales seis o siete (no recuerdo el número con exactitud) habíamos decidido asistir a la cena posterior.

Esta era algo habitual entonces, y un medio de financiación de los partidos. Consistía en promocionar entre los asistentes al mitin, la asistencia a la cena que se realizaba después del acto en un restaurante de gran capacidad de comensales y bajo precio. La cena, cuyo plato principal solía ser pollo al ast, sin salirte a un precio desorbitado, ni mucho menos, dejaba un margen para las arcas del partido, con lo que la asistencia a la misma se convertía en un acto de solidaridad con la organización.

En dicho mitin, uno de nuestros compañeros, Pedro se encontró con un conocido de sus tiempos de estudiante. Este le preguntó si nosotros éramos miembros del PTE, a lo que nuestro amigo le contestó que pertenecíamos a una organización que estaba “muy a la izquierda” del PTE. Teniendo en cuenta las raíces maoístas del mismo, el conocido de Pedro quedó muy intrigado sobre cual sería la organización a la que pertenecíamos. Intriga que fue en aumento cuando, al interesarse por cuantos éramos, Pedro, señalándole las butacas que ocupábamos, le contestó: “Toda la fila es nuestra”.

La curiosidad era tal que la insistencia en conocer nuestra filiación iba en aumento. Pedro, dirigiéndose a nuestro compañero Paco, que había estado al tanto de la conversación, le preguntó: “¿Puedo revelarle el nombre de nuestra organización?” A lo que este, siguiendo le “bromazo” le contestó con un: “Ya sabes que lo tenemos prohibido por el Comité Central”

El pobre hombre estaba que no cabía en su camisa. A su lado estaba un antiguo amigo de la escuela, que pertenecía a una organización política que se salía del mapa por la izquierda ¡Y no podía saber cual era!

Para redondear el efecto, nuestro amigo le pregunta: “¿Vas a ir a la cena?” Como ya esperaba, la respuesta fue un no, por lo que, confiado, le dice: “¡Que lástima! Tenemos intención de presentarnos en los parlamentos”

Eso, para quienes estas historias sean nuevas, requiere una explicación. Era habitual que, terminada la cena y con el café sobre la mesa, tanto los organizadores, como representantes de otros partidos asistentes, realizaran parlamentos de carácter político. Una forma de exponer las propias convicciones, expresar la solidaridad política de unos a otros e intentar atraer a posibles militantes.

Nada más terminar el mitin y ya en la calle, se acerca el amigo de Pedro, con sonrisa de oreja a oreja y el bono de la cena en la mano. La curiosidad había podido más, y allí estaba listo para venirse a la cena y escuchar nuestra presentación.

Tanto nuestros dos amigos, como todos los demás del grupo que habíamos quedado para la comentada cena, nos quedamos de piedra. En el lapso entre el fin del mitin y el reencuentro con el curioso amigo, nos habían comentado la broma, que nos había parecido realmente graciosa.

Ahora, sin saber por donde escapar, ya no nos lo parecía tanto. Pero no se trataba de reconocer que todo había sido un engaño. Así que compusimos, como mejor pudimos, cara de alegría, celebrando su interés, y decidimos aprovechar el tiempo que aun quedaba para el fatal momento para buscar una vía de escape.

La cena transcurría como era de esperar, y en una mesa cercana a la nuestra, nos percatamos, que estaba ocupada por la policía social, de paisano. Por lo demás, era algo habitual su asistencia. Era una forma de controlar y obtener información sobre la oposición al régimen. Ello debería habernos preocupado. Después de todo, llamábamos bastante la atención, éramos un grupo del que se desconocía su filiación política (lo cual era lógico puesto que esta no existía), y por tanto candidatos perfectos a ser investigados.

Pero en ese momento nuestras preocupaciones iban por otros derroteros. ¿Cómo íbamos a salir del atolladero en que nos habíamos metido?

Cuando más negra veíamos la salida, los hados de la fortuna nos fueron propicios. Y la ayuda vino de la persona más inesperada, el gobernador civil de Baleares, Ramiro Perez-Maura, que había dado orden de prohibir cualquier intervención de oradores en la cena.

Cuando ya los organizadores se encaminaban a los micros previamente instalados, rápidamente, uno de los policías sentado en la mesa cercana a nosotros, se dirigió hacia ellos, notificándoles la prohibición. ¡Salvados por la campana!

Al convertirse en pública la noticia de la prohibición, todos los asistentes prorrumpieron en intensas protestas. Y nosotros no fuimos menos, aunque en nuestro interior solo pudiéramos dar las gracias al citado gobernador civil por su decisión. Nunca supo el hombre el favor que nos acababa de hacer.

La anécdota se convirtió en integrante habitual de las conversaciones más distendidas, y nos parecía tan buena la broma que pensamos darle una continuación, que, afortunadamente como se entenderá, no llevo a materializarse.

Dada la intensa curiosidad del amigo de Pedro, pensamos en sacarle partido. La idea fue germinando poco a poco, y llegó a estar tan madura que solo faltaba la puesta en práctica.

En resumidas cuentas, consistía en invitarle a una supuesta reunión clandestina de la organización fantasma. Ello requería una puesta en escena y un atrezzo estudiado y adecuado. Como, lógicamente, no podíamos contar con los recursos propios de una organización real, nuestra imaginación y habilidad deberían sustituir los medios habituales con los que cuenta un partido. Necesitábamos algunos carteles para decorar el escenario, que sería la segunda residencia de los padres de uno de los componentes de la pandilla y que habitualmente estaba deshabitada. Ni que pensar en contar con carteles editados por imprenta. Los haríamos a mano y para evitar que dieran el "cante", procuraríamos que la iluminación de la estancia fuera más bien escasa. Manteniendo a nuestra víctima lo suficientemente alejada de los mismos, no se daría cuenta de lo "caseros" que eran los mencionados carteles.

Además, habíamos decidido que el contacto se iniciara de tal forma que "no le llegara la camisa al cuerpo", con lo que los pequeños detalles le pasarían inadvertidos. Para ello, se le citaría en un lugar concurrido de la ciudad donde le invitaríamos a subir a un coche. Con la excusa de que asistía a la reunión clandestina para conocernos y, posteriormente, decidir si se unía a nosotros o no, le argumentaríamos que era imprescindible, hasta tanto no hubiera tomado la firme decisión de integrarse en nuestra "organización", que desconociera la localización de nuestro "piso franco". Por ello, una vez en el coche, debería cubrirse la cabeza con una bolsa de tela que le impidiera ver donde íbamos. Igual procedimiento seguiríamos a la vuelta, hasta dejarle donde le habíamos recogido.

Estábamos seguros de que la curiosidad podría más que el miedo, pero la tensión a la que estaría sometido impediría que se fijara en los defectos inevitables de la decoración por nosotros creada.

Contábamos, además, con un golpe de efecto. Tenía yo una reproducción de la pistola reglamentaria del ejército norteamericano, una colt. Estaba hecha de hierro de fundición y carecía de cualquier mecanismo interno. Solo era la forma, pero daba el pego.

Disponíamos también de alguna munición. Eso no era extraño. Todos, excepto Paco debido a un problema físico, habíamos pasado por el cuartel (el servicio militar era obligatorio), y era habitual que, quien más quien menos, se llevara alguna bala como "recuerdo" (cosas de la edad). Así que, entre todos, no sería difícil reunir algunas balas. Que estas fueran de Cetme, un subfusil, y totalmente incompatibles con un arma corta, era secundario. Confiábamos en que el impacto

visual fuera lo suficientemente enérgico como para que la adrenalina generada le impidiera darse cuenta de la visible contradicción.

La idea era dejar pistola y munición en el cajón de uno de los muebles, que estaría estratégicamente semiabierto, permitiendo la vista de los objetos, pero que a la vez pareciera un descuido, no una exhibición intencionada. Todo ello estaría ligado con un discurso ultraradical con claras alusiones a la lucha armada.

En resumen, todo un montaje escenográfico para un único espectador.

Podría pensarse que nuestra broma no estaba exenta de cierta crueldad, ya que nuestra víctima iba a pasar miedo. Pero debe recordarse que nos estábamos aprovechando de su enorme curiosidad y que, de haberse materializado, su asistencia habría sido totalmente voluntaria.

Repito que, afortunadamente, no llegamos a poner en marcha la escenificación. Con algunos años más y algo de reflexión, hoy me doy cuenta de lo mucho que se habría podido complicar el asunto. Imaginemos que los hechos llegan a oídos de la policía, algo relativamente fácil a poco que nuestra víctima comentara su experiencia entre sus conocidos. Lo que para nosotros era una simple broma, en el cuerpo policial se transformaría en una seria alarma ante la aparición de un "grupo armado desconocido"

Habríamos tenido serias posibilidades de acabar declarando en comisaría, y en este caso ¿Cómo le explicas al desconcertado policía que todo era un simple montaje para echar unas risas a costa de un amigo curioso?

Aunque no llegara a convertirse en realidad, el simple hecho de planearlo fue motivo de diversión y chanza. Aun hoy, al recordarlo, se dibuja una sonrisa en mi cara.